

**DOSSIER**

***Beatriz Sarlo, crítica cultural  
de América Latina***

**CUANDO SE SALE DE VIAJE**

WHEN GOING ON A TRIP

**Martín Kohan**

**Universidad de Buenos Aires**

*Nació en Buenos Aires en enero de 1967. Enseña teoría literaria en la Universidad de Buenos Aires. Su último ensayo publicado es La vanguardia permanente. Su última novela publicada es Confesión. Su último libro de cuentos publicado es Desvelos de verano.*

Contacto: [martindiegokohan@gmail.com](mailto:martindiegokohan@gmail.com)

ORCID: 0000-0001-6650-6547

DOI: 10.5281/zenodo.7474652

## RESUMEN

### PALABRAS CLAVE

*Beatriz Sarlo*

*Experiencia*

*Viaje*

*Saberes*

*Este artículo propone un análisis del libro Viajes. De la Amazonia a Malvinas (2014) de Beatriz Sarlo, en las distintas disposiciones en que aparecen la experiencia, los saberes y la comprensión.*

## ABSTRACT

### KEYWORDS

*Beatriz Sarlo*

*Experience*

*Trip*

*Knowledge*

*This article proposes an analysis of Beatriz Sarlo's book Viajes. De la Amazonia a Malvinas (2014), in the different dispositions in which experience, knowledge and understanding appear.*

**Fecha de envío: 11/11/22**

**Fecha de aceptación: 01/12/22**

Ese título, en su formulación, fue más que un título: fue una consigna. Beatriz Sarlo la expresó, por no decir que la lanzó, en un libro de 2000, retomando un artículo de 1995: "Olvidar a Benjamin". ¿De qué clase de olvido se trataba? ¿Qué clase de olvido concretamente se pretendía? No era uno que supusiese suprimir a Benjamin, prescindir de él, descartarlo; sino más bien una intención de conjura de los efectos de su puesta de moda en la teoría y en la crítica literarias, la que llevaba a ver *flaneries* y efectos auráticos por todas partes, así como, bajo otras modas, se veían por todas partes carnavales y carnavalizaciones, saberes-poderes, estructuras de sentimiento, deconstrucciones o devenires. Lo que "olvidar a Benjamin" supondría, entonces, en la propuesta o en la exigencia de Beatriz Sarlo, es ni más ni menos que habilitar la posibilidad genuina de que una impronta benjaminiana aflore ahí donde resulta de veras necesaria, o incluso más, imprescindible.

Y es eso lo que ocurre en *Viajes. De la Amazonia a Malvinas* (2014). Tal vez un eco benjaminiano (un eco o algo más que un eco) podría esperarse tanto más en libros como *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* (1988), por su manera de entrelazar en la lectura los textos literarios con un proceso de modernización urbana.<sup>1</sup> O como *Escenas de la vida posmoderna*, porque si bien un pasaje no equivale como tal a un shopping (la distancia entre una cosa y la otra bien puede ser la que va de lo moderno a lo posmoderno), el tipo de aproximación crítica admitía esa resonancia. ¿Y en *Viajes*? El libro entero podría verse presidido, así sea en términos muy generales, por ese dicho popular que recoge Benjamin en "El narrador" (1986): "Cuando se sale de viaje, bien se puede contar algo" (190). Aunque Sarlo no va a contar estos viajes al volver, sino después, y hasta mucho después; y lo que va a hacer no es solamente contar.

En *Viajes* hay varias remisiones a Benjamin, por lecturas que no se habían hecho en el momento mismo del viaje, pero que sí se harían más tarde. Aparece con la idea de que sólo conociendo una ciudad es posible perderse en ella (Benjamin lo propone a propósito de Berlín, su ciudad; no de una ciudad desconocida en la que alguien podría perderse pero no,

---

<sup>1</sup> Después Benjamin es invocado en las lecturas de Oliverio Girondo y de Raúl González Tuñón.

como él propone, “aprender a perderse”).<sup>2</sup> Aparece con la intuición (intuición que confirmarían, años después, las lecturas de Benjamin) del carácter aurático de unas pinturas descubiertas en un pueblo de la Puna. Aparece con la idea de que una revelación circunstancial pueda ser una “iluminación”. Pero aparece fundamentalmente, y de manera determinante, en la noción que Beatriz Sarlo elabora en el capítulo introductorio del libro y que funciona de ahí en adelante como premisa conceptual de todo el desarrollo: la noción de “fuera de programa”. Ese “fuera de programa” que propone Sarlo corresponde claramente a la concepción de experiencia de Benjamin, esa forma de irrupción de lo inesperado que se expresa con la noción de “shock”: “Un shock que desordena lo previsible” (15), dice Sarlo casi al comienzo de *Viajes*; y dirá casi al final: “La experiencia inesperada de un shock” (222). Ese fuera de programa asume esta condición: “No pasa por el discurso, sino por el cuerpo” (13), en el sentido en que, para Benjamin, el shock (tanto en la dimensión de las experiencias urbanas como en su manifestación como efecto del montaje cinematográfico o vanguardista) afecta antes que nada lo perceptivo, la estricta materialidad sensorial del cuerpo.

El fuera de programa como marca definitoria de los viajes de Beatriz Sarlo (los de la infancia, al norte de Córdoba; los de la juventud, a Bolivia o a Perú, los viajes del latinoamericanismo de época; el más reciente, a las islas Malvinas) encuentra su contracara en otra clase de viaje: el viaje turístico (¿cabría pensar este libro de Sarlo como una proyección autobiográfica de la serie de viajes propuesta por David Viñas en *Literatura argentina y realidad política*? De hecho, hay una evocación viñesca en el subtítulo “De... a...”). El viaje turístico se ajusta por definición a un esquema predeterminado por el que se sabe de antemano todo lo que sucederá y se espera que nada suceda si no estaba debidamente previsto. El viaje turístico se plantea como tal desde la neutralización del fuera de programa, por lo que excluye de por sí, más allá de sucedáneos falaces, la alternativa real de vivir una experiencia. Ese grupo de viajeros juveniles que a fines de los años sesenta integraba Beatriz Sarlo se proponía expresamente evitar los lugares comunes del típico viaje turístico; “no ser turistas” era casi su declaración de principios como viajeros.

Ahora bien, el viaje turístico, como tal, no es sino una puesta al límite de la estipulación de expectativas previas que el viaje, mera ejecución, no hará sino confirmar; la conjura del viaje turístico, sin embargo, no basta para que impere del todo la disposición al fuera de programa: hay otras

---

<sup>2</sup> Así comienza “Tiergarten”, primer texto de *Infancia en Berlín hacia 1900*: “Importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en el bosque, requiere aprendizaje” (Benjamin, 1990: 15).

formas del condicionamiento previo, hay otras maneras de hacer encajar lo que se va a ver con lo que se esperaba ver, lo que va a pasar con lo que se esperaba que pase. Por ser crónicas retrospectivas, y no diarios de viajes (los diarios, cuando los hubo, significativamente se perdieron, y en verdad ha sido eso lo que hizo posible que este libro de Beatriz Sarlo sea lo que es: una evocación y una recapitulación), Sarlo puede distinguir qué otro tipo de expectativas condicionaron aquellos viajes. Se sustrajeron, por cierto, y a conciencia, de las triviales coordenadas del turismo; pero bien pueden haber incurrido inadvertidamente en cierta forma de "turismo aventurero" (92). Porque la aventura involucra de por sí una disposición a lo inesperado que está en las antípodas del turismo; pero, ¿qué pasa cuando el turismo admite la alternativa de un subgénero de aventura? Otra clase de aventura, no la que se establecería después (rafting, trekking, etc.): la de los jóvenes de izquierda lanzados a la vivencia de América Latina por impulso de una ideología que el viaje mismo consumaba.

El viaje ideológico no dejaba de sentirse como lo otro del viaje turístico (viaje burgués, confortable, consumista, ocioso, negligente); pero no por eso dejaba de instalar en los viajeros un repertorio de esquemas a priori que podía llegar a determinar tanto las vivencias del viaje como las interpretaciones de esas vivencias. Beatriz Sarlo lo advierte ahora, años después, en el presente de su escritura: llevaban la ideología como carga, como mochila (aunque la metáfora de la mochila para indicar que algo se carga no se estilaba todavía): "turistas ideológicamente automáticos" (99), "tejidos por preconceptos" (171), "viajábamos para comprobar las lecturas" (104). Las lecturas ideológicas de entonces tenían su sofisticación, por supuesto, no eran las meras guías de viaje del turismo; no por eso, en cualquier caso, dejaban de cristalizar un a priori en el que el viaje se veía forzado a amoldarse.

Es evidente que no puede existir un viaje sin a priori, de la misma manera, y por las mismas razones, que no es posible una lectura sin un horizonte de expectativas. Sólo que, para Sarlo, aquellos encuadres ideológicos previos, condicionamientos ineludibles de cualquier interpretación, hicieron más que condicionar lo que se veía y lo que se vivía: llevaron, más allá, hasta un verdadero engeguamiento: "Éramos tan jóvenes, tan ideológicos y tan engeguados por lo que encontrábamos, que pasamos por alto detalles menores" (127). En el planteo que hace Sarlo aparecen, por ende, dos clases de reparos: primero, los formulados en el pasado en el que se viajó, respecto de los viajes turísticos; después, los formulados en el presente de la escritura, respecto de los viajes ideológicos, variante inadvertida del viaje turístico en cierto modo. Pero es obvio, en cualquier caso, que no se viaja sin marcos previos, sino que tiene que haber un programa para que haya un fuera de programa. Y en

los *Viajes* de Beatriz Sarlo, de manera por demás previsible, se cuenta con un repertorio surtido de referencias artísticas y culturales: el cine de Glauber Rocha o el nombre de Darcy Ribeiro en Brasil, los libros de Augusto Céspedes en Bolivia, las teorías de Paul Rivet, alguna lectura de Jack London, etc. Incluso el “fuera de programa” inicial, el que va a permitirle a Sarlo elaborar el concepto mismo, el episodio de ese loco que en el camino la aborda sorpresivamente desde atrás, no va sino a irrumpir en la escena de un programa, del cumplimiento de un programa signado por la erudición: visita a la iglesia de San Leopoldo en Viena como parte de un tour integral de obras de Otto Wagner, con los vitrales de Kolo Moser como valor agregado, con *Viena fin de siglo* de Carl Schorske como lectura de referencia, más una ficha de cartón en el bolsillo con una cita de Massimo Cacciari.

Si en el pasado en el que se viajó se contaba ya con un bagaje aceptable de referencias, tantas más son las referencias de que se dispone en el momento de escribir la evocación de los viajes realizados. Ahora es posible pensar los viajes desde Lévi-Strauss, desde Raymond Williams, desde Walter Benjamin, desde Luigi Di Simone. Ahora es posible remitirse a una película de Raymond Depardon, que por entonces no se había visto todavía; o a *La casa verde* de Vargas Llosa, que por entonces no se había leído; o a una conversación con Héctor Tizón que ocurriría varios años después. No hay en principio nada de especial en esta circunstancia; al cabo de cierto tiempo, es obvio que se contará con más referencias, que se habrán visto más películas, que se habrán leído más libros, que se dispondrá de más recursos para pensar lo vivido, que aquellos con los que se contaba en el momento de vivirlo. Pero hay en Beatriz Sarlo un movimiento bien subrayado para remarcar esta situación. Primero, la mención de lecturas que se han hecho y que no sirven —el dolor de cabeza de las insolaciones en la altura no es como el de “Cefalea” de Cortázar; la verificación de que de lo leído en los libros de Céspedes, “nada respondía completamente a la realidad” (99)—; luego la consideración de que hay lecturas que faltaron, que convendría haber hecho antes del viaje para poder contar con ellas después: reproches por carencias bibliográficas: “la ignorancia con la que nos movíamos en esos paisajes y entre esas gentes. Confiábamos en que la inmediatez provocaría una especie de contacto empático” (115), o por la apelación a una bibliografía incorrecta o insuficiente: “La ignorancia también puede hacer su trabajo [...]. Yo llevaba en la mochila, como única bibliografía, *Canto general* de Neruda con el poema ‘Alturas de Macchu Picchu’, que leí a los gritos cuando llegamos arriba” (27).

Se trata evidentemente de una posición enunciativa que Beatriz Sarlo enfatiza, y no del inexorable aumento de la biblioteca biográfica del caso:

consultar años después a un experto como Gastón Burucúa, para confirmar retroactivamente las “intuiciones” que se tuvieron en el momento de viajar (89); o recurrir al inagotable arsenal de la biblioteca de la Universidad de Harvard para leer y leer y leer y así poder reconsiderar lo que se vivió al viajar: “Lejos de la inmediatez de la experiencia, quería interpretar lo sucedido cuatro décadas antes” (130). Hay un talante de resonancias borgeanas en la forma en que la cuestión se plantea: el que vive los hechos, los vive; pero el que los entiende no es ese sino otro (o el mismo, pero después; es decir: otro) que no los vive, pero los oye, los lee, los escribe, entabla con ellos una relación mediatizada.

Y es que en los *Viajes* de Beatriz Sarlo la comprensión ocupa un lugar determinante: “Viajábamos para conocer, pero no estábamos en condiciones de entender lo que encontrábamos” (132); “empiristas ingenuos, pensábamos que ver era conocer” (99); “No había entendido la fiesta, simplemente eso: no la había entendido” (52). Viajar, ver, conocer, entender, leer. Son momentos distintos, instancias distintas; diferidas, separadas, mediadas por definición. Así es como *Viajes*, de 2014, dialoga con *Tiempo pasado*, de 2005. Porque a propósito de la militancia política de los años sesenta y setenta, y trabando su discusión con la hegemonía de la primera persona,<sup>3</sup> Sarlo ponía en cuestión en *Tiempo pasado* la tendencia a homologar vivencia con comprensión, la premisa de que el haber vivido garantiza la posibilidad de entender: “¿Cuánto garantiza la primera persona para captar un sentido de la experiencia?” (28), se preguntaba; y más adelante en cierto modo respondía:

Quando las pretensiones de la narración exceden la búsqueda de una respuesta a una pregunta sobre las condiciones en que se ejerció la violencia de estado para incluir el paisaje cultural y político previo a las intervenciones militares, quedan bien en evidencia las debilidades de una memoria que recuerda demasiados detalles no significativos, una memoria que, como no podría ser de otro modo, a veces entiende y a veces no entiende aquello mismo que reconstruye (73).

Sarlo ahí discutía las memorias políticas, poniéndolas en tensión con la historia y con la literatura, cuestionando la entronización de la primera persona desde la alternativa eventual de una tercera. El movimiento en *Viajes* es análogo. Se trata de eso: de comprender. Y aquellos jóvenes que viajaron y vieron, no conocieron, no comprendieron; o comprendieron muy parcialmente, o cayeron en malentendidos. Comprende la que escribe

<sup>3</sup> Para esta cuestión, ver Giordano, Alberto. “Entre la experiencia y el saber. Los Viajes de Beatriz Sarlo”. Cuadernos de Literatura, vol. 24, 2020.

ahora, la que conversa con Gastón Burucúa o conversa con Héctor Tizón, la que se sienta a leer en Harvard, la que ya maneja Levi-Strauss.

En este aspecto de su configuración, en este afán de comprensibilidad, los *Viajes* de Beatriz Sarlo parecen apartarse del marco conceptual de la noción de experiencia de Benjamin. En “El narrador”, por lo pronto, Benjamin va efectivamente a ligar experiencia y viaje, con la figura del marinero mercante como parámetro, y a pensar el shock de una experiencia vivencial (*Erlebnis*) que pone en crisis la experiencia transmisible (*Erfahrung*). Su verdad se transmite bajo características que son propias de las fábulas o de los relatos maravillosos, esto es, bajo la forma de las moralejas y los proverbios como legado de sabiduría; y no bajo la forma de explicaciones. Por el contrario, para Benjamin, uno de los factores que, en aquellos años treinta en los que escribe, inciden para el declive social de la narración, es el discurso informativo, y eso en razón de su notoria propensión a explicar:

Con el dominio constituido de la burguesía, entre cuyos instrumentos más importantes, en la etapa del alto capitalismo, debe contarse a la prensa, aparece una forma de comunicación que, por lejos que se encuentren sus orígenes, nunca había influido de manera determinante sobre las formas épicas. Pero actualmente sí lo hace [...]. Esa nueva forma de la comunicación es la información [...]. Cada mañana se nos informa sobre las novedades de toda la tierra Y sin embargo somos notablemente pobres en historias extraordinarias. Ello proviene de que ya no se nos distribuye ninguna novedad sin acompañarla con explicaciones (194).

Explicar, comprender: es la clave de los *Viajes* de Sarlo. Y es la perspectiva desde la cual se discierne cuáles fueron los alcances y cuáles fueron los límites de aquellos viajes de la juventud o incluso los de la infancia. No ya qué cosas vivenciaron aquella joven o aquella niña, y más incluso que los “fuera de programa” a los que una y otra se vieron expuestas, sino más estrictamente: qué comprendió o no comprendió, qué cosas malentendió y por qué, qué cosas debería haber comprendido (pero comprendió solamente después, leyendo o conversando). Ahí es donde, en la secuencia narrativa de *Viajes*, adquiere una condición diferencial el viaje a las islas Malvinas. El viaje más reciente, por cierto, el que efectúa una Beatriz Sarlo ya adulta (más madura, más lectora); el viaje que, más que habilitar la posibilidad circunstancial de un “shock”, resulta él mismo, todo él, en tanto que tal, “la experiencia inesperada de un shock” (222). Un viaje que no se buscó ni se esperaba, y que resulta por lo tanto un “fuera de programa” de todo un programa de viajes: los viajes vacacionales de la infancia, los viajes ideológicos de la juventud; y luego, aludidos,



insinuados, los viajes académicos, eruditos, cosmopolitas, ilustrados, los viajes de Beatriz Sarlo docente, investigadora, intelectual.

El viaje a las islas Malvinas es otra cosa. Sarlo lo asume bajo una condición personal un tanto impropia, la de periodista (practicar el periodismo o intervenir periodísticamente, incluso con asiduidad, no es lo mismo que ser periodista); y esa circunstancia, aunque anecdótica, puede volverse significativa en un viaje que habrá de problematizar fuertemente las asunciones de identidad. En el viaje a las islas Malvinas, del año 2013, se reformulan dos cuestiones que aparecían con insistencia en los viajes de la juventud: la cuestión del cosmopolitismo y la cuestión de la extranjería (variables finalmente conectadas: el cosmopolita, en su carácter de tal, no es extranjero en ninguna parte). La "enfermedad cosmopolita" (12) se contrae ya en la infancia, con el europeo de Deán Funes (cosmopolitismo en la provincia, conjura del provincianismo), aunque el primer viaje a Nueva York se verá afectado por ser una "perfecta argentina", es decir, por ser una "no cosmopolita" (15). Un déficit que el tiempo, las lecturas, los propios viajes, irán subsanando, por cierto. En cuanto a la extranjería: lo que había de impostura en los viajes ideológicos por América Latina se revela ni más ni menos que en el ser sentidos como extranjeros ("Nos veían raros", (161)), la fantasía de integración mimética se topaba con la realidad de una disparidad inexorable.

Ahora bien, todo esto se transforma en el viaje a las Malvinas, porque las propias islas, tierra remota, resultan ser, ellas mismas, cosmopolitas, no provincianas. La condición de extranjería (sentirse extranjera, saberse extranjera, *serlo*) cobra visiblemente un carácter distinto, estando de por medio la cuestión de la soberanía y la prescindencia al respecto por parte de Sarlo. No se trata ahora del viaje al extranjero de una cosmopolita, sino del viaje de una extranjera a un espacio de cosmopolitismo. La lengua habilita una cierta condición anfibia: Sarlo puede perfectamente pasar del castellano al inglés y del inglés al castellano (y aun del castellano argentino al inglés isleño); y hasta puede producirse esa prodigiosa escena de inesperado reconocimiento (reconocimiento idiomático por clase social y no por pertenencia nacional) entre el inglés impartido en un colegio de Belgrano R en la ciudad de Buenos Aires y el castellano que hablaban en ese barrio las familias de origen británico. Nada de esto atempera su carácter de extranjera visitando las islas Malvinas, y hasta inculca más bien un factor de extranjería en ese imaginario de identidad que se pretendería compacto, uniforme, mismidad garantizada.

Pero la "experiencia inconmensurable" (176) de las Malvinas cobra un carácter distinto en los *Viajes* de Beatriz Sarlo por el lugar que en ellos tiene ese elemento: la comprensión. La comprensión puede llegar a alcanzarse ahora durante su propio transcurso, y no ya en una

recapitulación posterior sostenida en las lecturas que antes faltaron. "Por momentos tengo la impresión de que entiendo" (205), escribe Sarlo; "uno no puede dejar de entenderlos" (193), escribe también; y puede tomarse incluso como una especie de estandarte de viajera el momento en que pronuncia: "Entendí" (180). La verdadera comprensión incluye una conciencia de que siempre ha de haber un resto que, pese a todo, no alcanza a entenderse: "Permanentemente tengo la sensación de entender y no entender" (208).

"Entendí": este viaje sí resulta. La vivencia de viajera, el hecho mismo de estar ahí, en las islas Malvinas, permite en más de un momento proyectar una evocación de aquella otra vivencia, la de la guerra de 1982, la de los soldados en el frente: "Como un bajo continuo, recordaba que ese frío y ese viento y esa superficie rocosa había sido el paisaje para los soldados argentinos, sin comida y sin ropa adecuada, en la aventura de 1982" (179); "Subo el cierre de mi campera con forro de piel y pienso en los soldados argentinos de 1982" (181). En el contacto con los isleños, por otra parte, en las sucesivas conversaciones (las más fluidas, las más trabadas), el viaje llega a funcionar como viaje de aprendizaje: hay palabras que se reciben como verdaderas lecciones ("Entre martini y martini, Joost me va dando lecciones prácticas, en un tono pausado y poco partidario", (197)) y habilitan esta formulación: "Me doy cuenta de que ya he aprendido mucho" (189). Viajar, vivenciar el shock, sentirse extranjera, serlo, traducir, ser traducida, evocar, conversar, aprender, entender, entender en lo que se entiende y también en lo que no se entiende.

En el viaje a las islas Malvinas fructifica todo eso que en otros viajes se frustraba o se obtenía a medias. Acaso por la incidencia de una circunstancia anterior al viaje, y que en *Viajes* figura en el espacio de una nota al pie: el debate mantenido con los intelectuales del exilio en 1982 acerca de la postura a adoptar respecto de la guerra que estaba transcurriendo en esos mismos días. La posición crítica de Sarlo en 1982 decide en buena medida sus vivencias en el viaje que hace en 2013. A diferencia de los otros viajes, que no contaron sino después con un marco desde el cual ser leídos, pensados, entendidos, al viajar a las islas Malvinas ese marco ya existía. No por eso el viaje supuso una mecánica de simple ratificación: "No tenía nada que comprobar en las islas" (175), empieza diciendo Sarlo. De esa forma la experiencia del viaje no habría agregado nada que no estuviera ya definido. No fue eso, sino otra cosa: un marco de referencia que no sirvió para corroborar algo que desde antes ya se sabía, sino más bien para habilitar la posibilidad de aprender lo que no se sabía y medianamente entender. Lo que se entiende en 2013, por el hecho de estar en las islas Malvinas, le debe mucho a lo que se entendió en 1982, por el hecho de no haber estado. El viaje así cobra sentido en relación con

una escena previa de quietud, detenimiento. En contraste con los que, en ese mismo tiempo, y en todos los sentidos de la palabra, se habían visto movilizados.

### Bibliografía

- BENJAMIN, WALTER. *Infancia en Berlín hacia 1900*. Madrid: Alfaguara: 1990. Traducción de Klaus Wagner.
- . “El narrador”, en *Sobre el programa de la filosofía futura*. Barcelona: Planeta-Agostini, 1986. Traducción de Roberto J. Vernengo.
- SARLO, BEATRIZ. “Olvidar a Benjamin”, *Punto de Vista*, núm. 53, 1995.
- . *Viajes. De la Amazonia a Malvinas*. Buenos Aires: Seix Barral, 2014.
- . *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1988.
- . *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel, 1994.
- . *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.